

*La* susurros que  
*vida* relatan la  
*hecha* guerra  
*palabra* desde  
adentro



# La vida hecha palabra:

susurros que relatan la guerra desde adentro

## Edición

MARCELA F. PARDO GARCÍA  
ANGELA CASTELLANOS BARBOSA

## Coordinación editorial

ANGELA CASTELLANOS BARBOSA

## Corrección de estilo

ANGELA CASTELLANOS BARBOSA

## Diseño y diagramación

LUISA MARÍA CASTELLANOS

## Autoras/es de los relatos

Se Fue Para No Volver  
ANÓNIMO

El Difícil Camino Recorrido  
EDI

Hijo De La Sierra: Soy Vida Contra El  
Olvido  
ALEJANDRO GARCIA

Viaje Anticipado  
ELOÍSA

Una Realidad  
LEONARDO RODRÍGUEZ

Primera edición, octubre 2025  
Bogotá, D.C., Colombia



Justus-Liebig-Universität Giessen  
Instituto Colombo-Alemán para la Paz -  
CAPAZ  
Cra. 8 n.º 7-21, Claustro de San Agustín  
Bogotá, D. C.  
PBX: (+57 1) 342 2340  
[www.instituto-capaz.org](http://www.instituto-capaz.org)

El contenido de esta publicación es  
responsabilidad exclusiva de las autoras  
y autores y no refleja la opinión de  
CAPAZ o de sus cooperantes.

Este libro cuenta con una licencia  
Creative Commons “Reconocimiento  
NoComercial- SinDerivadas 4.0”. Su  
contenido puede ser reproducido total  
o parcialmente, siempre y cuando se  
reconozcan sus autores, no se haga con  
fines comerciales y no se transforme  
para crear obras derivadas.

Este documento hace parte de la  
investigación sobre Prevención de  
reclutamiento de la colaboradora  
científica en Educación Política Marcela  
Pardo del Instituto CAPAZ.



# Tabla de contenido

- 6** Presentación
- 10** Se fue para no volver  
Anónimo
- 25** El difícil camino recorrido  
Edi
- 30** Hijo de a Sierra: soy vida  
contra el olvido  
Alejandro García
- 51** Viaje anticipado  
Eloísa
- 60** Una realidad  
Leonardo Rodríguez

Con certeza de la potencia del relato como vía para comprender lo humano en contextos de guerra, el carácter silenciado de estas voces y la invitación a pensar el fenómeno del reclutamiento infantil desde su complejidad y sensibilidad.

# Presentación

En contextos marcados por la violencia, cuando la guerra parece decirlo todo con cifras, partes militares y discursos oficiales, los relatos de vida se convierten en un gesto profundamente humano y político. Contar la vida, sobre todo una vida atravesada por la guerra no es solo recordar; es resistir al olvido, es recuperar sentidos, es volver a decir “yo” donde antes solo se imponía el ruido del conflicto.

Esta publicación reúne cinco relatos que, desde distintas voces y territorios, nos conducen por los caminos íntimos de quienes han vivido de cerca uno de los rostros más dolorosos y persistentes del conflicto armado colombiano: la vinculación y el reclutamiento de niños, niñas y adolescentes. Se trata de testimonios que han sido históricamente silenciados, vidas muchas veces reducidas a categorías jurídicas o cifras de impacto, pero que aquí se presentan con la fuerza de lo cotidiano, de lo sensible, de lo vital.

Cada relato abre una puerta a una geografía humana: pueblos, ríos, veredas, cuerpos, silencios. En conjunto, estas cinco historias dialogan entre sí y nos permiten transitar paisajes exteriores; selvas, calles, hogares, ríos, rutinas, e interiores; miedos, decisiones, duelos, afectos. No hay aquí espectáculo para el morbo; hay trayectos, caminos recorridos a pie, a memoria, a corazón. Las voces que

escuchamos no son solo las de quienes han sobrevivido, sino también las de quienes han encontrado, en la palabra, una forma de vivir de nuevo, de resignificar su experiencia.

En el relato que nos presenta al “Burrito” la palabra se enuncia con una serenidad que contrasta con el peso de lo vivido. La voz amiga se convierte en un acto de cuidado hacia las y los niños del presente, desde la memoria de un pasado que intentó arrancarle su infancia; entre el dolor y la firmeza, la historia se transforma en pedagogía y resistencia.

En el “difícil camino recorrido” se reconstruyen, sin ahondar en los detalles, las condiciones estructurales de exclusión que contribuyen a la toma de decisiones y a convivir con la presencia armada como parte del paisaje cotidiano. Este testimonio entrelaza lo individual y lo colectivo, y nos recuerda que la guerra no irrumpe siempre con ruido: a veces se instala en la normalidad.

En el relato de Alejo, se hace evidente la tensión entre el miedo y el afecto, entre el instinto de protección y la impotencia frente a un entorno que desborda. Esta narración se enuncia desde la voz de un hijo; El hijo de la sierra, que es a la vez la voz de una comunidad que vio partir a muchos sin poder retenerlos. Se habla desde el umbral: desde lo que se queda y lo que se pierde y nos pone a cantar al unísono:

Soy agua,  
soy aire,  
soy fuego,  
pero aún no soy tierra.

En cuanto al viaje anticipado es un relato que aún no termina, es un viaje que sigue, un relato que narra con lucidez el tránsito por el conflicto, pero también su salida. Su relato no romantiza la guerra ni la sobrevivencia: es una afirmación de vida, una apuesta por reconfigurar un lugar en el mundo, un mundo que aún no se ha visto y que cobra dimensión con el espectáculo del mar visto desde las alturas. En esta voz, se encarna el desafío de convertir el dolor en acción transformadora.

Finalmente, el testimonio de Leo en representación del pueblo indígena Cubeo, con un lenguaje cercano y emotivo, da cuenta de las múltiples guerras que ha tenido que enfrentar: la del conflicto armado y la del abandono institucional. Su relato visibiliza la reflexión sobre las condiciones que hay en su comunidad y nos recuerda que “La vida es hermosa cuando hay verdaderos humanos, cuando hay respeto, comprensión y aceptación de las diferencias. Pero la vida no vale si no nos reconciamos ni nos reconocemos mutuamente. Sería maravilloso vivir como hermanos...”

Cada una de estas voces, únicas en su tono, su ritmo y su modo de narrar, teje con las otras un tapiz complejo y profundo. Son relatos que hablan de trayectorias interrumpidas, pero también de caminos

reconstruidos. Son formas de decir “esto pasó, pero no me define”, “esto duele, pero aquí estoy”. La guerra, desde estas páginas, deja de ser una abstracción lejana o imagen mediática. Es, más bien, un entramado de vidas que siguen latiendo entre lo visible y lo oculto. Y es en esos susurros, lo que se dice bajito, lo que se teme nombrar, lo que apenas se recuerda; donde se revela su verdadero rostro.

La generosidad de quienes comparten su historia nos deja una tarea: prevenir el reclutamiento infantil no puede limitarse a estrategias reactivas o punitivas. Exige comprender las múltiples causas que lo posibilitan, los territorios que lo permiten, los vacíos que lo habilitan. Pero también exige algo más hondo: reconocer lo humano, lo sensible, lo vital que habita en cada niño y niña, en cada familia, en cada comunidad.

Estos relatos nos proponen una ética del cuidado, una pedagogía de la escucha, una política del reconocimiento. Nos interpelan y nos convocan. Porque cada palabra aquí escrita es una forma de seguir andando, de seguir soñando, de seguir apostando por una vida en la que la infancia no sea una trinchera, sino un lugar para florecer.

**Angela Marcela Castellanos**

# Se Fue Para No Volver

Anónimo

No sé dónde nació, pero sé que creció en una vereda del Meta, en lo alto de la cordillera, donde hace tanto frío que la calidez de su personalidad podría ser un asunto de supervivencia. Quiero hablarles del Burrito. Yo le digo así, y su mamá también, aunque la mayoría de la gente que lo conoció lo llamaba por su nombre, pero ese no lo quiero contar. Puede ser cualquiera. Ahora, donde se encuentra, dicen que le llaman Milton, si es que está vivo.

Era un muchacho como cualquier otro campesino. Había nacido en el seno de una familia pobre; tal vez por ahí podemos empezar su historia:

Burrito creció en una familia llena de necesidades. No tenían energía eléctrica y, para acceder a la remesa (como le decimos en el Llano al mercado), había que bajar la cordillera en mula, a caballo o a pie. Su condición apartada lo convirtió en un muchacho al que le costaba hablar con extraños. Por eso, cuando llegó a mi casa con su padre y su hermano, se negó a recibir jugo. Desde ahí le quedó otro apodo de cariño que le puse: Molleja, porque mi viejo dijo: "Esa molleja no recibe nada, ¿pa' qué le ofrece?". Él solo escondía la mirada con una timidez que

solo tuvimos los que crecimos lejos de todo... bueno, algunos.

Era un chico de unos catorce años. No decía mucho, solo miraba y se reía de las locuras que a mí se me ocurrían.

Yo jugaba ajedrez con mi viejo, y el papá de él se sentaba a mirar, sorprendido de lo complicadas que se hacían las partidas. Tras terminar alguna, empezaba a decir lo que el perdedor debía haber hecho para no perder. Nunca creímos mucho en su talento para el juego, pero era una buena persona, con un montón de defectos, digno hijo de su mundo, no hay duda.

Así nos hicimos amigos con el Burrito. Poco a poco frecuentaba la casa, empezábamos a hablar y a mirar películas, algo muy extraño para él. Yo pensaba que un computador era como una nave espacial para su mente montañera, pero le encantaba. Siempre miraba la misma película; me decía: "Póngame la de Voika", y se quedaba horas mirándola y repitiéndola. Yo me aburría y me iba a hacer otras cosas, mientras él seguía concentrado en el computador.

Para el Burrito, el proceso de paz fue algo particular porque recuperaba a su hermano y a un tío que vivía muy lejos, los dos excombatientes. Sin embargo, nunca tuvo mucha relación con ellos. El hermano se fue con su mujer a trabajar a una finca en otro departamento y nunca hablaban, y el tío se quedó en un espacio territorial muy lejos y tampoco hablaban. Pero Burrito era feliz porque ellos habían salido vivos de allá, de la guerrilla.

Esa alegría se mezcló fácilmente con tristeza, porque su familia fue despojada de la finca que por tanto tiempo habían trabajado, llegando desplazados al lugar donde vivíamos. Prácticamente llegaron como mendigos, pero, afortunadamente, algunas personas pensaron en ayudarlos y empezaron a recibir algunas cosas y un trabajo de vez en cuando.

El papá acerraba madera y con eso hacía para la comida y para los cigarrillos. ¡Qué hombre para fumar! Los chicos mantenían por ahí en el caserío y empezaron a estudiar en la escuela de la vereda. Burrito hacía quinto y el otro, cuarto, pero eran bastante grandes para esos grados, lo que poco a poco los aburrió de la escuela.

Sumado a que, cuando el papá debía ir a cortar madera, los dos muchachos eran su única ayuda y debían ir con él.

Un día me dijo: "Yo no quiero volver a la escuela". Yo lo regañé, le dije que debía estudiar para intentar mejorar su condición a futuro. Tal vez en ese momento no comprendía la vida del muchacho. ¿Cuál estudiar, si a duras penas hacían para comer? Su hermano, al poco tiempo, no dudó en tomar la misma decisión, y quedaron por ahí, desarreglados y trabajando con su papá todos los días. Pero el viejo era abusivo a veces. Los regañaba mucho y los insultaba porque se estresaba, y, tras del hecho, no les pagaba porque, según sus palabras, de ahí se compraba la comida. ¿Quién se iba a amañar trabajando así? Nunca olvidaré la imagen de ese muchacho arriando las mulas cargadas de madera.

Todas las tardes llegaba el Burrito a mi casa a mirar Voika. Con el tiempo le tomé cariño y nos hicimos amigos, muy amigos. Por eso un día me dijo: "Vamos a trabajar con mi papá. El viejo no paga, pero me ayuda para salir más rápido". Accedí. Nos fuimos, y comprobé que eran muy maltratados. Con eso me di cuenta de que él nunca había

recibido una palabra amable de parte de su padre. Sin embargo, de su mamá solo recibían amor y comida. ¡Qué mujer tan cariñosa con sus muchachos! Pero su impotencia de mujer reprimida por su machista marido la hacía llorar las penas en silencio. Tal vez lo sigue haciendo.

Ya cuando el muchacho tenía unos dieciséis y aún muy aficionado a Voika, pasaba sus días trabajando al jornal en cuanto finca había: sembraba, guadañaba, trabajaba a machete, a pala, a lo que fuera. Su vida aburrida lo fue empujando al alcohol. De repente empezó a llegar tomado a la casa a mirar Voika. Yo lo dejaba, no sin antes darle una buena cantaleta por su tomadera, pero no sirvió.

Recuerdo un día que me dijo que debía irse muy lejos a cortar unos plátanos y bajarlos para vender. Era en la finca donde habían crecido. Llegábamos, cortábamos los plátanos, nos quedábamos en la casa abandonada y nos íbamos a los dos o tres días. Y así fue. Ensillé mi caballo y arrancamos. ¡Qué paseo más bonito! Reímos, compartimos, hicimos comida y nos mojamos.

Hablamos de lo que

tal vez él nunca hablaba:

de lo que sentía, de lo

que pensaba, de su vida

solitaria y de sus

sueños que no se

podían cumplir.

Pero yo le decía que  
sí, que sí se podía. Tal

vez él era más  
realista.

Como no llevábamos cucharas, comimos con la mano, pero se nos ocurrió hacer unas de madera. Quedaron bonitas. Fue muy agradable. Guardé esas cucharas varios años, pero, de repente, se perdieron. No sé qué pasaría.

Pasaron unos años y llegó la noticia de que su tío había sido asesinado. Nunca supe por quién ni el motivo, pero lo mataron. Él es uno más de los excombatientes asesinados después de la paz. Esto destrozó la moral del muchacho y, después de ir al entierro, se fue a vivir a otra vereda. A caballo, me demoraba unas siete horas en visitarlo de vez en cuando, pero todas las semanas me llamaba. Se aprendió rápido mi número y no dudaba en marcarme para contarme sus cosas.

Así pasó un año y, tras la muerte de mi padre, me fui de la vereda. No sabía a dónde llegar; solo tenía el caballo, un perro, un gato, una lona con ropa y el computador, donde escribía, leía y veía películas.

Así llegué al lugar donde trabajaban ahora el Burrito y su familia. Al otro día empecé a trabajar con ellos. Yo era muy pobre y me tocaba también romper el mundo con las

manos: ordeñábamos, éramos vaqueros, sembrábamos y recogíamos cosechas. Nada era para nosotros, solo treinta mil pesos del jornal. Es duro, pero es la vida.

Un día, Burrito se fue con su mamá en la moto de su papá a una cita médica. Tuvieron la mala suerte de que un muchacho se les atravesó en bicicleta, y, por no arrollarlo, se cayeron. La mamá se fracturó un brazo, Burrito se raspó una pierna y un brazo, y la moto sufrió varios daños. El papá de Burrito no se preocupó ni por su esposa ni por su hijo; solo dijo que eso les pasaba por andar rápido, que le habían dañado la moto y que debían pagarle el arreglo. Pero obviamente no tenían dinero.

Poco a poco la existencia se hizo más dura. Burrito siguió tomando y no escuchaba razones. En casa, su papá no hacía más que maltratarlo a él y al resto de su familia. Tal vez por eso bebía. A ratos el viejo decía algo en mi contra, pero yo sí lo paraba en seco. Que no se le olvidara que yo no tenía nada que ver con eso, que solo era un trabajador más.

Burrito no aguantó los malos tratos y decidió irse.

Antes de irse, me dijo que me fuera con él. Según contaba, al otro lado del río había una finca donde lo iban a contratar de encargado. Dudé un par de semanas, hasta que una noche llegó y me dijo:

—Vámonos. Trabajamos los dos. O los tres, porque mi hermano también se fue.

Llegamos a una finca muy bonita, con buen ganado, pero con condiciones de trabajo pésimas. Ganábamos una cuarta parte del salario mínimo. Éramos varios trabajando ahí: Burrito, una muchacha que era la cocinera, su hermano, el hermano de Burrito, la novia del hermano de Burrito y yo. Tratábamos de vivir tranquilos en medio de la necesidad. No alcanzaba ni para comer, pero ahí íbamos, flacos y cansados, sobreviviendo. A veces pescábamos o cazábamos para completar la ración.

Un día salimos de trabajar como a las cinco de la tarde. Veníamos arreando unas cuarenta reses hacia la finca. Éramos tres vaqueros y el viejo dueño de la finca, que iba como de paseo, dándonos órdenes innecesarias. Hasta que le dije que nos dejara trabajar, que nosotros

sabíamos lo que hacíamos. Se quedó callado el desgraciado. No esperaba que alguien lo enfrentara. Burrito, a lo lejos, solo se reía.

Cuando llegamos a la casa, Burrito me dijo que lo acompañara a visitar a su mamá al otro lado del río. Ensillé mi caballo mientras él se bañaba, luego me bañé yo. Su hermano llegó y nos fuimos los tres.

Al llegar a casa de su mamá, eran como las siete de la noche. Yo fui a comprar cigarros y Burrito se quedó. Cuando llegó su papá, discutieron fuerte. El viejo decía que tenía que pagarle la reparación de la moto. También estaba el hermano mayor de Burrito, el consentido de la familia, según mi parecer. Ese nunca hacía nada y no le decían nada, pero a Burrito y al otro hermano los tenían de carga.

La discusión subió de tono y se fueron a los golpes. Burrito cayó al piso muy golpeado. El papá y el hermano mayor le dieron muy duro. Además, se golpeó la cabeza con una piedra al caer tras recibir un puño. Estaba casi inconsciente. Su mamá, entre lágrimas, le acariciaba la cara.

Nunca he sido creyente, pero en ese momento se me vino la imagen de Cristo cuando lo bajan de la cruz y María llora con el cadáver de su hijo en los brazos.

Me bajé del caballo, abracé a la señora y le dije:

No se preocupe, yo me  
lo llevo y lo cuido hasta  
que se recupere.

Levanté a Burrito, lo subí a mi caballo y nos fuimos.  
Su hermano menor nos siguió en silencio.

Burrito pasó una semana recuperándose. Estaba obsesionado con la venganza. Le dije que los denunciara, que la justicia se encargara, pero él solo pensaba en matarlos.

Cansado de tanta necesidad, decidí buscar otro trabajo. Lo encontré cruzando el río. Burrito me visitaba de vez en cuando. Nadaba bien.

Con el tiempo, empezaron a aparecer miembros de las disidencias de las FARC. Querían recomponer la guerrilla. Unos muchachos buena gente pasaban por la finca. Uno de ellos, muy lector, disfrutaba discutir conmigo. Me insistía en que me uniera a ellos. Me negaba. “Si no pudimos cuando las FARC era grande, menos ahora”, le decía. Yo ya creía que la paz era necesaria.

El día de mi cumpleaños, llovía mucho. El río rugía crecido. Yo hacía pereza en la casa cuando, de repente, vi llegar a Burrito, empapado de pies a cabeza. Había nadado para venir a saludarme. Me alegró verlo. Nos comimos una ensalada de frutas que me habían regalado, le presté ropa seca y pasamos el día viendo películas.

Esa tarde me contó que su jefe le debía tres meses

de salario y que, al renunciar, el viejo miserable lo esperó en un camino y le disparó. Se escabulló y se tiró al río.

Esa noche le dije que se quedara. No quería que lo mataran.

A la mañana siguiente, los guerrilleros estaban en la finca. Burrito les contó lo que pasó y, para mi sorpresa, les dijo que quería unirse a ellos.

Le rogué toda la mañana para que no se fuera. Le propuse que nos fuéramos juntos a otra finca. No quiso.

A los pocos días vino llorando. Fue a despedirse de su familia y nadie le habló. Me dijo que yo era la única persona que tenía. Me abrazó. Le regalé un poncho y una chaqueta.

No nos vimos más.

Durante algunas semanas me llamaba de vez en cuando, pero de repente desapareció.

Un tiempo después, llegó el rumor de que habían matado a tres muchachos recién reclutados. Se decía que él era uno de ellos.

No sé si vive o muere.

Espero que esté vivo y que haya un esfuerzo de paz que le permita una segunda oportunidad.

A mi gran amigo, Burrito  


# El Difícil Camino Recorrido

Edi

En 2006 nació un joven con fortaleza en su alma y en su mente, sabiendo que, aún dentro del vientre materno, había sido testigo de muchas calamidades y mucho sufrimiento. Desde allí sintió el peso de una vida en medio de la guerra, una guerra que comenzó a dejar dolor en su ser porque no pudo tener el calor de su padre, a quien sueña con encontrar algún día...

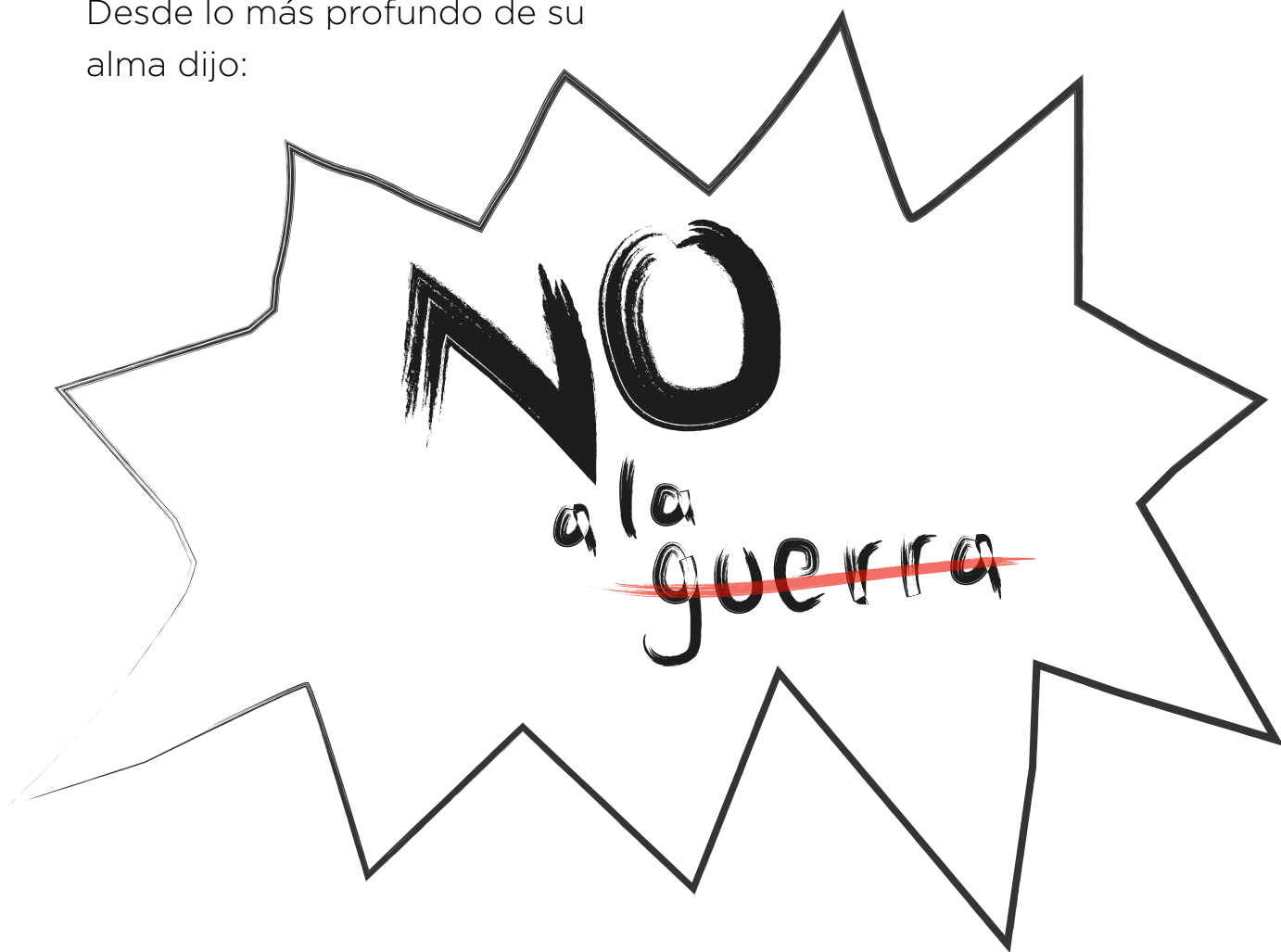
Con el paso del tiempo, fue creciendo, y a su lado siempre estuvo presente la presión de la guerra. Con tan solo 6 o 7 años, ya conocía el dolor de una familia que perdía a un ser querido por las balas. Muchos de sus familiares y amigos fueron combatientes; vivieron la guerra, pero no encontraron en ella ningún beneficio ni para la sociedad ni para sí mismos.

A medida que crecía, la guerra se convirtió en una constante en su vida. En su territorio y en su hogar siempre se sentía y se vivía la violencia, que se justificaba como un legado, como la promesa de un futuro y un pueblo mejores. Poco a poco, en su mente fue tomando forma la idea de ser combatiente. Y llegó el momento en

que tuvo la realidad en sus propias manos: portar un arma, combatir... pero también tener la oportunidad de reflexionar sobre todo lo que sucedía a su alrededor.

Fue entonces cuando, al ver la verdadera realidad que se vivía allí, tomó la decisión de ser diferente.

Desde lo más profundo de su alma dijo:



y decidió contribuir a la causa de su pueblo y su país, pero no desde la violencia.

El tiempo siguió transcurriendo. Ya con 15 o 16 años, el joven observaba todo el daño que la guerra había dejado en su comunidad. Fue entonces cuando emprendió un nuevo camino en su vida. Terminó sus estudios de bachillerato y viajó a algunas ciudades, donde se encontró con muchas realidades que afectaban a su territorio y a su familia.

Allí comenzó a reflexionar y comprendió que la guerra no surge únicamente de los grupos armados, sino de problemas más profundos en la sociedad. Uno de ellos es la falta de oportunidades, especialmente la ausencia de trabajo digno que permita una estabilidad social y económica. Otro factor es la inestabilidad de los líderes.

El joven se planteó una posible solución al origen de la guerra: si hubiera oportunidades para los ciudadanos, no habría necesidad de tomar caminos no deseados, como la delincuencia. Muchas veces, esta se convierte en el paso previo para empuñar un arma, formar grupos armados o pequeñas pandillas y luchar por el poder, ya sea por dinero o por el dominio de un territorio. Todo

parte de ahí: la falta de estabilidad económica. Si el país ofreciera oportunidades para todos, no habría conflictos ni guerras.

Con esta mentalidad y con todas sus experiencias y dolores a cuestas, el joven decidió seguir adelante y contribuir a la sociedad. Sin importar si su destino es ser un campesino o un líder social, está dispuesto a generar un cambio, a pesar de las circunstancias que ha vivido. No le teme al dolor, porque su lucha es por la paz, no solo en la sociedad, sino también en la naturaleza, que también ha sido víctima de las guerras.

**Hijo De La Sierra:  
Soy Vida Contra  
El Olvido**

Alejandro

En una madrugada de cuarto creciente, mientras el cielo suplica por la venida del sol, he dado mi primer suspiro. Junto con las chechenas, garzas, grillos, perros y gallos entonamos el canto a la vida para encarnar un cuerpo que caminaría al lado de la sierra y se encontraría de frente con ella.

Siendo las tres de la mañana, surgí entre la oscuridad, del inframundo, del útero, para abalanzarme entre los brazos de una abuela partera. Testigo tengo al guayabero, que bañó mi cuerpo como baña el territorio.

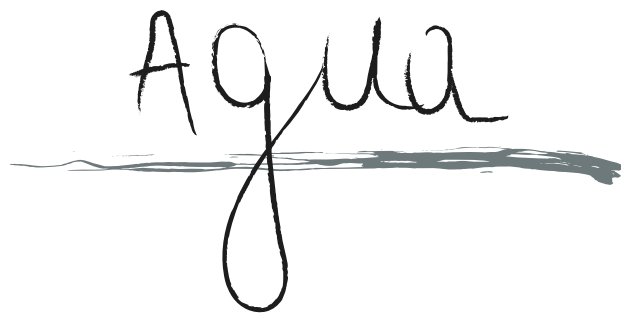
Mi madre me dio la oportunidad de nacer a través de ella, por mandato de la vida y la Sierra Madre de La Macarena. Pero, como canal, cumplió su objetivo. Mi madre se marchó al cumplir su tarea; emprendió el sendero de la realidad política de su contexto, como pretexto para huir del dolor ponzoñoso surgido en su casa, con su padre, hermano y vecinos. Su cuerpo flagelado fue lanzado al vacío. Sin embargo, entre la oscuridad, la luz la eligió para promulgar la vida.

La busqué entre el tiempo y los pastos, entre calles y

ausencias, entre llantos y sorpresas que me mantenían en el deseo de lo que no sería.

Otras madres me acogieron, la tierra me alimentó, el viento me enseñó a pensar, el fuego me arropó y el agua calmó mi sed de amor. Todo aquello tangible en el cuerpo de mi abuela paterna: en sus manos arrugadas, rodillas fuertes, ojos tristes y esperanza en el corazón.

Mi abuela, encarnación ancestral, cuida de mi cuerpo rayado por el dolor del momento (1998). Nací como el contexto sociopolítico lo expresaba: enfermo, sin aire, agotado y moribundo.



Siendo niño, recibí el llamado del agua. Año Morrocoy, el río Guayabero, Caño Piedra, Caño Darío y Caño Nevera me cantaban los porvenires de la vida.

"Sumergirse en el agua es caer al vacío, es atreverse a adentrarse en la oscuridad, callar los sentidos para navegar por las venas de la tierra y hacerme sangre con la sangre del planeta."

Como bien se dijo, caminé por la oscuridad de la realidad en la que nací. Vi pájaros metálicos, oscuros y ruidosos, llevar en sus garras la angustia de los que ya no están, para alimentarse de cuerpos y vergüenzas.

Mientras mi padre, el Guayabero, me enseñaba a nadar, juntos atestiguamos el graznido del pájaro de la muerte.

Durante un sol de invierno, el Guayabero me contó secretos que tenía con la sierra. Me los decía a gritos para sofocar las balas que se incrustaban en el salón de clase.

" MIS AGUAS LAVAN, MIS AGUAS LIMPIAN, MIS AGUAS NO  
SON MELANCOLIA. Yo le bailo a la luna,  
entre más me muestra su rostro,  
incrementan mis olas. Empujo cuerpos en corrientes  
que TRANSMUTAN ESPÍRITUS  
PARA sanar la herida de la guerra."

Yo creí en todo lo que me decía. Vi cómo los cuerpos besaban por última vez la luz del sol para deshacerse en la profunda oscuridad de sus aguas y hacerse río, agua, corriente, memoria que circula por la sangre: la tuya, la mía, la de la tierra.

Máma no había muerto. ¿Está en el río? Sí, allá está lavando.

The word "fuego" is written in a cursive, handwritten style. Below the word is a thick, dark horizontal line that spans the width of the word.

Para unos, la cabra; para otros, el tigre; para otros, el jaguar. Aries = fuego, harto para quemar.

¡Alto al fuego! ¡Alto al fuego! No más guerra, gritaban los campesinos. (2012-2016)

¿Qué es este fuego que siento? Me transforma como las mariposas, las chicharras, escarabajos, serpientes y lagartijas.

Adolescencia, cuerpo-territorio. ¿Quién soy? Ud. no me gusta, me gusta aquel. "Eso no es normal, no es natural."

Lo natural del fuego es consumir, es quemar. ¿Es acabar? Acabe con él, no es natural. Cuando acabaron con todo, acabaron con 2.903 cuerpos + uno que debe haber habla. En espejos vi cada una de mis quemaduras hasta que fuimos ceniza.

"Saque la ceniza del fogón para hacer el almuerzo: la ceniza es muy buena para las matas, nutre los suelos y permite que a los retoños no les dé el hongo que mata las matas, ¿de acuerdo?"

De acuerdo (2016), entre la ceniza surge una nueva posibilidad. No pudieron deshacerse de los cuerpos: nutren los suelos, construyen un futuro esperanzador. Me voy para Bogotá. Bienvenida la paz.

¡A luchar, compañeros, a resguardar la paz! ¿Aunque eso me ponga en peligro? Pa' eso están la 26 y la 45.

Shh shh shh shh. SILENCIO. CÁLLENSE, CÁLLENLO. Aunque me quemén, seré ceniza. Nadie apagará este fuego, esta pasión.

La chispa de la vida.

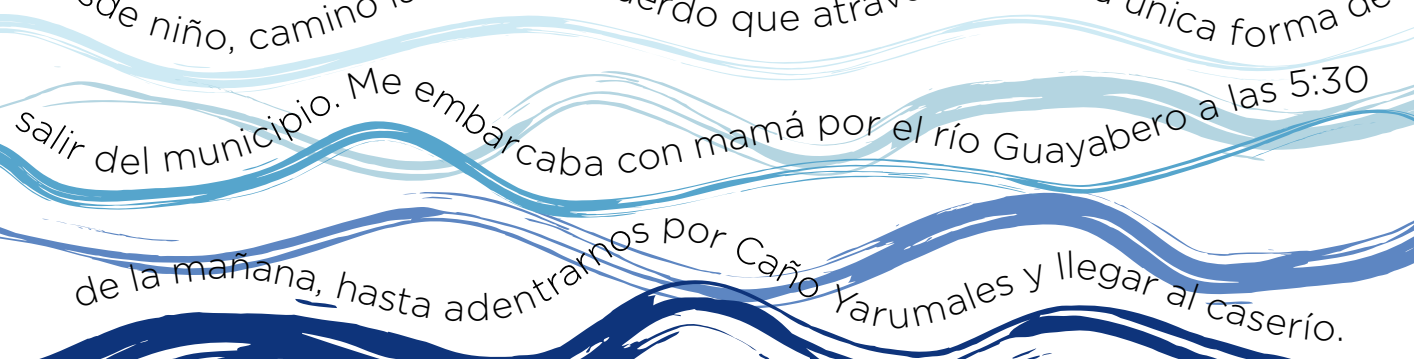
AIRE

El soplo de vida.

Cuando nací, la Madre Sierra me otorgó sus aires. Los tomé prestados y grité para la vida, aunque muchos en ese momento fueran arrastrados por la muerte.

El pensamiento se hacía carne, hueso, palabra, historia, memoria, roca. Se hacía con el aire de la sierra.

"Donde brisa muy duro", dicen los campesinos de Yarumales, Caño Indio, La Cachivera, El Billar, Alto Lozada y El Raudal.

The background features several horizontal, wavy lines in shades of light blue and dark blue, resembling water or a stylized river. The lines are layered, with the darkest blue line at the bottom and lighter shades above it.

Desde niño, camino la sierra. Recuerdo que atravesarla era la única forma de salir del municipio. Me embarcaba con mamá por el río Guayabero a las 5:30 de la mañana, hasta adentrarnos por Caño Yarumales y llegar al caserío.

De vez en cuando, si el verano era fuerte, uno se podía ir por tierra, pero eso era lo mismo. A mí me gustaba más ir por agua: miraba muchos animalitos. En ese entonces, la selva aún era lo que predominaba. Se respiraba lo más de bueno o lo más de feo, dependiendo de lo que uno se encontrara en la carretera: quizás un mortango que dejaron muerto por ahí (los chulos lo avisan). Eso huele como a metano. O los pichales adentro de la sierra, o los peos que se tiran las vacas, disque causantes de la tal crisis climática.

Yo ahora trabajo con eso, pero es cuento pa' más rato.

Mamá me cargaba pa' todos lados, a veces en piernas, a veces en el suelo. Bajo sus enaguas, como los altares a los que les echan un trapo encima para representar una cueva, el útero: lugar de pensamiento, protección, cuidado, vida. ¡Mamá! ¿Dónde estás?

Me daba mucho miedo perderme cuando iba a la ciudad con mi mamá. Allá todo olía diferente y no tenía un palo de mandarinas en el patio para comer. Tocaba, a cada rato, cruzar la avenida, decir:

—¡Buenas! ¿Me da dos mandarinas?

Y entregar unos metales que a veces se pegan a un imán o en bolsillos ajenos, dejando al campesino sin comida, sin educación, sin ideas, sin sueño ni vocación.

En Macarena, se llegó a pagar con gramos de coca.

Pues cómo no, si eso era lo único que había, mientras se “coronaba”. Había mucha coca sembrada, incluso sobre la sierra madre. Así lo observaba en esos viajes que me pegaba con mi mamá para salir “afuera”. ¡Así le decían! Disque salir pa’ Villavo.

—¿Vecina, va pa’ fuera?

Es curioso que en ese entonces todos querían salir del pueblito, pero nadie al final lo dejaba. Era lo único que tenían.

A muchos sí les tocó irse, desplazados. Había una cosa que llamaban Plan Colombia. Parecía una inmarcesible noche, bien fuera porque no había energía pública o porque tocaba estar metido en cuartos oscuros, cubierto por colchones para retener las balas. Eso hacía las noches

# ETERNAS

Pero al final siempre sale el sol. Alumbró por allá en el 2012, cuando entre un paro agrario, mi primer paro estudiantil y el paro del magisterio —todos paraban, menos la guerra—, mentiras, al parecer sí.

En noveno grado, en la I.E. Ntr. Sra. de LMC (es que es relargo escribirlo, así lo abreviábamos en el colegio), ya se producían ideas más aterrizadas y entendíamos un poco qué pasaba. Pero pensar en estudiar en la universidad, aún no. No llegaba ni una sola idea.

—¿Quién iba a pensar en estudiar algo así? No hay plata, quizás pal SENA, si es que saco buenas notas.

Allá una cosa es la escuela y otra el colegio. La escuela es lo primero que uno hace, de primero a cuarto, y quinto se hacía en el colegio, pero eso era escuela... Bueno, mero enredo.

En la escuela y el colegio es diferente. La escuela quedaba pegadita al Guayabero. Hoy en día dicen que hay que moverla porque está en una zona de riesgo por deslizamiento, que los ríos comen tierra y que por ahí hay un duende. No la pasaba bien ahí, realmente. Ya la gente me miraba raro, por raro.

A mí solo me gustaba jugar y chismear.

¿A quien no le gusta chismear? Si eso es

lo que ha permitido que corra la voz, la palabra, el pensamiento, el mensaje, salir rápido, desplazarse, huir de la guerra, cuidarse.

Yo creo que todos chismean, hasta los indígenas. Aquí había dos, pero ya no hay ninguno. Por ahí está la señora Josefita. No habla casi bien el español, pero se hace entender. A su mamá la mataron. Estaba, como que, haciendo del uno o del dos en un pastizal y la confundieron. Y por ahí quedó.

Josefita la recuerdo por sus arrugas. Parecen a las de la sierra madre. Ella también tiene arrugas. Es vieeeja y ancestral. Si miras bien su roca, ahí aparecen. La roca salió recaliente del fondo marino y, cuando el agua la acariciaba con cada ola, ese gesto de ternura se hizo sierra. Y ahí es donde vivo.

Hay mucha historia que contar, pero dejemos que las sierras cuenten sus historias. Ya que son comadres con la sierra nevada de Santa Marta —lamento no saber cómo es su nombre ancestral—. Con tal, esas dos saben mucho. Fueron testigos de cómo la vida se desarrollaba mientras su mar precámbrico retrocedía con el tiempo y se alzaban los Andes señoriales.

Imagínese la cantidad de vida que pasó por ahí.

Por eso estudié antropología. Porque me gustaba desentrañar esa historia entre la sierra y sus habitantes. Mis favoritos: los humanos.

Pero como en la escuela y el colegio, la universidad tampoco era un lugar seguro. El profesor de arqueología era muy paila. Sus miradas tocaban —como dice un amigo—. Así nadie quiere estudiar eso.

Tuve problemas con él. Muchas veces le grité y lo paradójico es que fue sobre la sierra madre. Qué pena uno ponerse grosero en un lugar así, pero ese man me la voló. Yo sentía que era agreste, como piensas de la roca. Quizás la sierra quería que la defendiera de la curiosidad de ese man. Fue una salida de campo maravillosa, eso sí lo reconozco. Amé la idea de lo que quería estudiar.

El primer pensamiento que tuve junto con la sierra fue en un susurro de viento y agua sobre una poceta en Caño Cristales, precisamente en esa salida. Me imaginaba cómo sería la vida de los ancestros en ese lugar. Qué pensaban, qué les significaba, qué hablarían. Me generaba mucha curiosidad.

En ese recorrido, pude ver cómo el pensamiento se hacía idea y, para que existiera a ojos de construir mundo, se hacía imagen, se hacía símbolo.

Vendita sea la mañana,  
vendita sea la noche  
que aparece con cantautores, cuenteros y trovadores.  
Vendita sea la sierra madre,  
que presta su escenario y elabora tal evento  
para sanarnos del desagravio de no haber escuchado  
las voces de los que por aquí han estado.

Elevo este fragmento, esta historia, este pensamiento,  
para resistir al olvido, como un acto de pago.  
Reciban mi espíritu aquí expuesto a los espíritus que me  
acompañan en cada momento.

tierra

Escribir este último fragmento es todo un reto. Me ha pesado sentipensar el volumen de lo que significa habitar la tierra: ser carbón, tiempo, paciencia.

Este planeta no se hizo en siete días, ni este fragmento se hará hoy. La tierra tuvo que hacerse con el tiempo y solo con el tiempo ha madurado en su proceso de sostener la vida.

Yo apenas tengo 26 años.

~~soy agua,~~

~~soy aire,~~

~~soy fuego,~~

pero aún no soy tierra.

Soy aun agua en cada lagrima que recorre el rostro de lo que nos duele, pero es compartido, soy aun aire porque vivo en la utopía de ver un mundo justo y libre, ancestral, anti patriarcal y antimilitarista, soy aun fuego porque quiero destruir para volver a forjarlo con el palpito del sol como mi guía. Pero aún no soy tierra porque aún no soy tiempo.

# Viaje Anticipado

ELOISA

El 6 de diciembre de 2015, la negociación de paz todavía estaba sobre la mesa y las armas no se habían entregado.

Era el día de alistamiento para salir del país el 7 de diciembre a las 07:00.

Efectivamente, a esa hora del 7 llegó un helicóptero de la Aeronáutica Civil, que realmente no era civil, sino que tenía unas calcomanías mal pegadas. Sus tripulantes eran de los países garantes y acompañantes, además de representantes del gobierno. Nos tardamos 40 minutos en llegar al aeropuerto de San José del Guaviare. Durante el vuelo, observé muchos paisajes, pero sobre todo selva. Pude divisar claramente la roca de Cerro Azul, el puente de Puerto Arturo, la carretera pavimentada y todo aquello que me traía recuerdos muy lejanos y tristes.

Cuando aterrizó el águila de metal, llegaron unos carros —me dio la impresión de que eran escoltas—. Antes de que bajáramos, nos hicieron esperar para darnos unas gafas oscuras, gorras y chaquetas negras, que debíamos ponernos antes de descender. Yo llevaba una moña alta y

la gorra no me servía. Me insistieron en que me la pusiera, pero les hice señas de que era imposible. "¡Sí, tienes tremenda moña!", respondió uno de ellos.

Cuando todos los delegados de las FARC estábamos listos, el personal de los carros formó un acordonamiento hasta un sitio del aeropuerto. Era como una despensa. Algunos tomaron tinto, otra agua. En ese lugar había otras personas, hombres y mujeres —funcionarios del Estado, me imagino—, amables, saludaban y tenían cara de detectives. Fuimos al baño móvil mientras el avión tomaba su lugar. Confirmaron la salida, los detectives revisaron nuestras maletas y las acomodaron en el avión. Todos ellos tenían cuerpos de gimnastas: corpulentos, macizos y fibrosos.

Mientras tanto, nos hicieron entrar en una especie de tren —un marco de hierro con ruedas laterales y forrado—. Los detectives lo empujaban por fuera, y nosotros caminábamos dentro, rumbo a la puerta del avión. Todas esas medidas eran para evitar que nos identificaran y prevenir cualquier alteración del orden público, ya fuera

un francotirador, un atentado o la intromisión de los medios buscando la primicia. Todo me parecía sacado de una película de acción y ficción, al estilo Matrix: gafas que parecían ojos de mosca, seguridad por todos lados y un paso largo, como huyéndole a la prensa para no responder quién es el culpable. En el fondo, era el reflejo de lo que se vive en este país: inseguridad, mafia, atracos, terrorismo, etc.

Nos subimos al avión, que partió rumbo al aeropuerto de Rionegro, Antioquia, pero dando la vuelta por el páramo de Sumapaz para no pasar por Bogotá. Desde el aire, pude ver el Alto de las Águilas, donde está la base de alta montaña más importante del Ejército —corredor estratégico para nosotros, pues comunica el Huila, Meta y Cundinamarca—. Durante la hora y media de vuelo, observé un sinfín de combinaciones de colores, paisajes y lomas.

Pasamos por Medellín, ya que allí nos reuniríamos con otra delegación, pero no pudieron despegar debido al clima lluvioso. Al aterrizar, nuevamente tuvimos que

ponernos las prendas negras. Yo, otra vez con la gorra en la mano y las cámaras alrededor. Al bajar por la escalera del avión, nos esperaban otros escoltas, parecidos a los anteriores.

Como la otra delegación no llegó, salimos sin ellos rumbo a Cuba.

El vuelo duró cuatro horas y media.

Durante el trayecto, se podían divisar muchas cosas:

la frontera de Costa Rica

y luego...

# ¡ EL MAR! ¡

HABÍA  
VOLADO VARIAS  
VECES, PERO NUNCA ANTES  
HABÍA VISTO EL MAR. ESTÁBAMOS  
MUY POR ENCIMA DE LAS NUBES, A  
MUCHOS PIES DE ALTURA.  
DESDE ALLÍ SE PODÍAN VER MÁS  
FIGURAS: EL MAR AZUL OSCURO CON  
UN ALTO RELIEVE, LAS OLAS BRILLABAN,  
DESAPARECÍAN Y APARECÍAN UNAS  
NUEVAS.

A veces, sobre el océano, se distinguían grandes ríos, como el Amazonas, o pequeños arroyuelos. Las nubes formaban picos y despeñaderos enormes de hielo, montañas inmensas de nieve blanca como algodón. Era como ver un mundo en tercera dimensión. El espacio se extendía en un azul profundo.

Estaba tan concentrada que llamé la atención de mis compañeros —creo que los conecté con mi imaginación—. Yo me reía y ellos reían. Yo imaginaba lo mío con los míos, y ellos... no sé, tal vez se reían de mí, por lo embelesada que estaba.

Cruzamos la frontera de Costa Rica y, al fin, divisamos unas islas... No recuerdo cómo se llaman.

Finalmente, apareció la isla de Cuba y comenzamos a descender. Casi me vuelvo loca. La presión del aire casi me revienta los oídos. Creo que a todos les afectó, porque los veía tapándose los oídos con las manos y encogiéndose, apoyando la cabeza sobre las rodillas. Yo me sentía atrapada. Quería correr, abrir la ventana y tirarme, gritar, llorar, vomitar. La cabeza me daba vueltas. Creo que fui la más afectada.

Nos acercábamos a La Habana. Estábamos a 3.000 pies de altura y luego a 1.500. Desde allí, se veían muchas palmas y una gran arborización sobre la ciudad. Aterrizamos en el aeropuerto José Martí —uno de los padres de la patria de Cuba—.

Nos recibieron un negociador y la presentadora del noticiero NC Nueva Colombia. Me dieron un abrazo fraterno mientras me preguntaban:

- ¿Cómo te sientes?

- Muy contenta, pero con un dolor de oídos que me hace sentir que no piso el suelo.

- Sí, eso siempre sucede en los aviones pequeños —me dijeron. Era un vuelo chárter, para unos 20 o 30 pasajeros.

La tensión, el estrés y el protocolo habían quedado en Colombia. El cambio se sintió apenas llegamos al aeropuerto de La Habana.

Recogimos las maletas y nos dirigimos a la sala de salida. Allí tomé un jugo, pero no supe de qué sabor era; el dolor que tenía no me dejaba distinguir nada y apenas

podía escuchar. Sin embargo, entablé conversación con uno de los conductores que nos recibió. Me habló sobre la seguridad y tranquilidad que se vive en Cuba.

Una  
Realidad  
*Leonardo*

Una época, un destino, una historia compleja. Una oportunidad y una solución sin salida. Cada día se vuelve un horror para los humanos, mientras algunos desgraciados promueven la guerra y la muerte como un negocio o una suerte.

Una humanidad sin humanos ve morir a su gente, escucha el llanto correr. No tiene ni corazón ni sentimiento, parece hecha de piedra. Sin sensibilidad, la vida no vale, la gente se vuelve inútil, y la guerra convierte los sueños en tragedia.

Pero ¿qué tan rentable es aprobar leyes desde los poderes ocultos, movidos por caprichos inhumanos, alimentando el odio y el salvajismo? ¿Qué tan fácil es pedir guerra desde un escritorio sin pensar en la sociedad que se destruye?

La niñez, la juventud, los padres y las madres quedan atrapados en una crisis impuesta. Una guerra que nunca fue nuestra, sino una más que nos obligaron a pelear, diseñada para dominar, explotar y exterminar, tanto física como culturalmente.

una política sucia, un  
genocidio aplicado en  
su máxima expresión de  
crueldad, engaño y  
avaricia contra quienes se  
resistieron a defender  
sus derechos, sus territorios  
ancestrales y  
su derecho  
a la vida

La guerra arrastra al joven sin más opciones ni oportunidades, lo aleja de su familia, su identidad, su cultura y su futuro. Lo empuja a una guerra que no es suya, lo convierte en carne de cañón para beneficio de otros intereses.

Como dice la canción: "No tiene la culpa el nativo", pero su destino ha sido un fracaso marcado por el miedo, el temor y la desesperanza. Conoce bien el sufrimiento que carga, causado por aquellos que vendieron su patria.

No le respetan su dignidad ni su vida. Su futuro es incierto, lleno de necesidades y vacío de oportunidades. Es triste ver a los jóvenes marchar hacia cualquier bando en un país sin caminos.

La muerte llega primero a enamorar al joven que crece en un país sin futuro, sin grandes transformaciones ni aspiraciones. Y tampoco hay humanos que protejan o apoyen estas realidades.

No hay cultura, ni ética, ni valores. Tampoco hay un Estado que proteja a los mayores, y menos a los nativos, porque no representan grandes ingresos. Aún peor si no tienen un salario con cifras de poder.

Sin principios rectores que fomenten una cultura de paz, en un país polarizado entre la guerra y la reconciliación, la vida se vuelve un desafío constante. "Es inútil nacer en un país solo para morir".

Un día, una noche, un segundo, un minuto, una hora se transforman en desesperación. Tal vez ese sea el último momento, porque nadie sabe cuándo la muerte tocará su puerta.

Es una suerte vivir en un país donde el dinero importa más que la vida, donde el poder y la ambición están por encima de todo. Ni siquiera el Estado existe, las leyes son contrarias a la voluntad humana.

La vida es hermosa cuando hay verdaderos humanos, cuando hay respeto, comprensión y aceptación de las diferencias. Pero la vida no vale si no nos reconciliamos ni nos reconocemos mutuamente. Sería maravilloso vivir como hermanos...

Un relato de vida, una reflexión, una historia difícil, un mensaje propositivo.

La guerra nunca ha sido buena.

Leonardo Rodríguez  
Pueblo Indígena Cubeo